

JAVIER GARRIDO: DE LA CIENCIA A LA INGENIERÍA

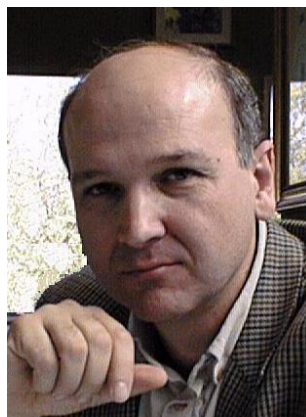
Ángel de Castro Martín

Dpto. de Tecnología Electrónica y Comunicaciones. Escuela Politécnica Superior. UAM

INTRODUCCIÓN

Javier Garrido Salas, Vicedecano de Investigación de la Facultad de Ciencias de la UAM (1987-1991). Primer Director de la Escuela Técnica Superior de Informática de la UAM, hoy en día Escuela Politécnica Superior (1997-2001).

Quien no conozca a Javier, pero sí conozca un poco la universidad española, podrá empezar a sacar algunas conclusiones a partir de estas dos líneas de su currículum. Claramente trascenderá una lucha por sacar adelante un proyecto. Quizá también una buena visión de futuro, aderezada con una generosa cantidad de inconformismo. Y por qué no decirlo, una adecuada dosis de ambición de esas que llevan a un gran éxito profesional. Sin embargo, no todas estas conclusiones son acertadas. En ciencia hay que tener toda la información posible antes de plantear la hipótesis. Invito al lector a conseguir algo más de información sobre esta, para mí, singular figura.



José Javier Garrido Salas

1. EL CIENTÍFICO

José Javier Garrido Salas, de ahora en adelante Javier, fue en 1976 uno de los licenciados de aquellas primeras promociones de la Universidad Autónoma de Madrid. Es sin duda un hombre “de la casa”, marcado y entregado a partes iguales por y a esta Universidad. En 1978 empezó su carrera como docente, que simultanearía siempre con su carrera como investigador. Licenciado en Ciencias Físicas, realizó su tesis doctoral bajo la dirección de Juan Piqueras en Electrónica, concretamente en el dopaje de Arseniuro de Galio mediante transmutación de neutrones. Ya desde entonces quedó muy patente su interés por la ciencia aplicada, por pasar de la teoría a los hechos, realizando buena parte de sus experimentos en la Junta de Energía Nuclear.

Un año después de terminar su tesis doctoral, y con su primer y único hijo, Javier, recién nacido, deja el hogar seis meses para realizar una estancia de investigación en el Instituto Lamel de Bolonia. Me lo puedo imaginar contando las horas para hablar unos breves minutos con su mujer, Pilar, por “conferencia internacional”. Lástima que las Tecnologías de la Información y las

Comunicaciones, a las que luego tanto contribuiría, no le permitieran por entonces hacer largas videoconferencias por internet incluidas en su tarifa de datos. Pero era el momento científico adecuado y aquel sacrificio personal no le iba a impedir seguir adelante con su búsqueda de soluciones concretas, en este caso en la implantación de películas de Nitruro de Titanio como barreras de difusión para aplicaciones en dispositivos integrados.

Poco después de volver de Italia se embarcaría en su mayor proyecto hasta el momento, la fundación del Laboratorio de Microelectrónica. Junto con Juan Piqueras, Javier Martínez, José Luis Castaño y Basilio Javier García, conseguiría por fin su gran objetivo, un laboratorio para el desarrollo de nuevos dispositivos integrados. Algo impensable en la universidad española unos años antes. Javier se volcó en entender y poner a punto equipos de alta tecnología: ciclotrón de electrones por resonancia para depósito en fase de vapor, o plasma para ataque reactivo por iones.

Aquellos equipos habían parecido casi mágicos, como de otro mundo, solo unos años antes, y por fin estaban funcionando en la Autónoma en 1990. Era un sueño, quizá una visión de futuro, al que había que llegar como fuera. Así empezaba la prometedora y fructífera carrera investigadora de un científico aplicado (en ambos sentidos). No le valían solo los artículos, que ya prolíficamente publicaba. Quería “tocar” la ciencia con sus propias manos, llegar a los resultados. Quería, quizá, en el fondo, ser útil a la sociedad que le había permitido llegar hasta allí.

2. EL GESTOR

Tres años después de acabar su tesis doctoral, Javier pasaba a ser Vicedecano de Investigación de la Facultad de Ciencias. Para quienes no conozcan bien la Universidad Autónoma de Madrid, cabe destacar que es ahora y era ya por entonces la mayor Facultad de la Universidad. Quizá fueran otros tiempos, pero una persona que se había embarcado en la creación del revolucionario Laboratorio de Microelectrónica era madera de gestor a todas luces. Un hombre que había entendido que los grandes resultados son un uno por ciento de inspiración y un noventa y nueve por ciento de traspiración. Sacrificio, de nuevo sacrificio. Cuatro años de Vicedecano, rematados con el cargo de Decano en funciones.



Participantes en el Proyecto de Innovación Docente de la Escuela Técnica Superior de Informática, entre otros Javier Martínez (arriba izquierda), Javier Garrido (arriba tercero) y Manuel Alfonseca (arriba quinto)

No sé si alguien más en la universidad española ha sido tanto Decano de Facultad como Director de Escuela, aunque lo primero fuera en funciones. Dejaría el cargo de Vicedecano, pero ya nunca dejaría la gestión. El destino había inoculado ya en su sangre el veneno de otro gran proyecto, uno todavía mayor. Crear una titulación totalmente nueva en la Universidad Autónoma de Madrid:

Ingeniería Informática. La primera ingeniería de la Autónoma. Javier era físico, no ingeniero, pero como electrónico y hombre de ciencia aplicada no podía dejar de ver que el mayor logro de la electrónica era la creación de una nueva disciplina en sí misma: la informática.

Quizá no fuera tan claro en aquel momento el éxito que iba a tener esta nueva rama de la ingeniería, quizá ni el propio Javier se hubiera atrevido a decir por entonces que las tecnologías de la información iban a traer consigo un cambio de era en la humanidad. Pero sí tenía claro, clarísimo, que ese era el futuro. Y que había que traer el futuro a la Autónoma. En 1992 se convierte en uno de los cofundadores del Departamento de Ingeniería Informática, por entonces adscrito a la Facultad de Ciencias. Siete personas serían clave en este proyecto: Manuel Alfonseca, José Ramón Dorronsoro, Vicente López, Javier Martínez, Roberto Moriyón, Juan Alberto Sigüenza y, por supuesto, Javier. Formaron un equipo que terminaría siendo llamado en un acto de homenaje reciente “los siete magníficos”. Era un proyecto emocionante, de una ilusión contagiosa, y que crecía a un ritmo incluso mayor de lo esperado. En cinco años, y con solo una cohorte de egresados, el proyecto ya era lo suficientemente grande para convertirse en un centro propio.

Tras el Departamento de Ingeniería Informática, inicialmente dirigido por José Ramón Dorronsoro, nació en 1997 un nuevo centro, el octavo de la Universidad Autónoma de Madrid, y el primero que no era una Facultad: la Escuela Técnica Superior de Informática. Este proyecto de cinco años tenía que hacerse mayor, independizarse de la casa de sus padres y empezar a vivir por sí mismo. Hacía falta un director para la Escuela. Iban a ser años difíciles aunque todavía ilusionantes. Alguien tenía que sacrificarse. Sacrificio, de nuevo sacrificio. Javier dio un paso adelante y se convirtió en el primer Director de este nuevo centro.

Uno esperaba de este nuevo periodo unos años de crecimiento más moderado y estabilización. Pero Javier, y el resto de “magníficos”, tenían algo más en mente. La Informática era sin duda un éxito, pero seguían con su inconformismo y su visión de futuro. Llegó un rumor en el viento, una posibilidad de nuevos tipos de estudios: hacer dos carreras en una. Se llamaría Doble Titulación, y no creo que tenga que contar a fecha de hoy el éxito de los Dobles Grados. Empezó así a fraguarse un plan de estudios para ser Ingeniero Informático y Licenciado en Matemáticas en cinco años, una sinergia cuyo éxito previeron algunos.



*Celebración-comilona junto con compañeros de ambos centros,
Facultad de Ciencias y Escuela Politécnica Superior*

Por si alguien pensaba que ya había proyectos suficientes, llegaría inmediatamente otro gran proyecto. Abrir una segunda titulación independiente, aunque afín a la Ingeniería Informática: Ingeniería de Telecomunicación. Una de las cuatro especialidades de dicha ingeniería es, precisamente, la Electrónica. Aquí es normal intuir el papel principal que tendría Javier en la misma.

Por fin la Escuela se podría meter de lleno en su disciplina académica, quizá acometer otro gran laboratorio de electrónica. Pero claro, esa es la intuición de quien no conoce a Javier. El director, el gestor, en lugar de realizar un plan de estudios afín a sus conocimientos, quería que la nueva titulación naciera libre de pecado original, independiente de todo sesgo.

Que fuera la titulación que viniera bien a la Autónoma y a la sociedad. Buscó a quien creyó que haría el nuevo plan de estudios de forma más independiente y con mayor visión de conjunto, buscó al por entonces único ingeniero de telecomunicación de la Escuela para dirigir el plan de estudios de dicha titulación: Manuel Alfonseca. Cedió el bastón de mando y Manuel, Manolo para los amigos, se convirtió en 2001 en el segundo director de la Escuela. Un año más tarde empezaron a funcionar los dos nuevos planes de estudio: Doble Titulación Ingeniería Informática y Matemáticas, e Ingeniería de Telecomunicación. Y la Escuela pasó de ser la Escuela Técnica Superior de Informática a llamarse Escuela Politécnica Superior. Sacrificio, de nuevo sacrificio.

3. EL INGENIERO

En paralelo a su labor como gestor en la Escuela, Javier arrancó un grupo de investigación en su nuevo centro. Probablemente era debido al mucho tiempo que le quedaba libre mientras compatibilizaba los cargos de Director de Escuela (1997-2001) y Director de Departamento (1996-2001, ya que fue primero un año Director de Departamento mientras todavía estaba adscrito a la Facultad de Ciencias). Como la Escuela tenía solo un Departamento, el de Ingeniería Informática, para qué molestar a alguien más teniendo que asumir otro cargo. Era una época de actividad frenética e ilusión a partes iguales, continuamente montando asignaturas nuevas y creando los grupos de investigación que conformarían el tejido del nuevo centro. No hay que molestar a la gente mientras está trabajando. “De esos asuntos de gestión ya me encargo yo”, pensaba Javier. Ese estilo de minimización de cargos de gestión y burocracia, el estilo de Javier, lo continuarían los siguientes Directores hasta 2010, cuando la Escuela se hizo mayor y pasó a tener dos Departamentos. Supongo que a estas alturas no sorprenderá al lector que fuera Javier el primer Director del nuevo Departamento que se creó, el de Tecnología Electrónicas y de las Comunicaciones, y que siga siéndolo hasta el momento de escribir este artículo.



Javier Garrido (segundo por la derecha) junto a sus compañeros de grupo de investigación en la Escuela Politécnica Superior

Pero volvamos al grupo de investigación que Javier creó en la Escuela. Uno en principio supondría que el nuevo grupo se crearía alrededor del tema del investigador más brillante o reconocido. Javier, que tenía el mejor currículum investigador, no pensaba así. Se había embarcado en una nueva aventura, y lo haría con todas las consecuencias. Su investigación anterior era en Física

Aplicada, pero la Escuela era de Ingeniería Informática y Telecomunicación, así que había que hacer investigación en ingeniería. Como hiciera Hernán Cortés, Javier hundió sus naves para que no hubiera vuelta atrás.

Da vértigo solo pensar en dejar atrás una trayectoria brillante como investigador en Electrónica desde la Física Aplicada para comenzar una nueva trayectoria como investigador en Tecnología Electrónica desde la Ingeniería. Quizá pueda parecer que ambos temas de investigación no eran tan dispares por aquello de tener la palabra “Electrónica” en común. Para disipar toda duda, baste con leer los títulos de dos de sus tesis dirigidas, una en cada época: “Tratamientos térmicos con haz de electrones: Aplicaciones a la tecnología del Silicio” y “Mecanismos de cooperación en robots como agentes móviles”. Javier se remangó y se puso a la altura de los becarios, aprendiendo como uno más. Sacrificio, de nuevo sacrificio. Supongo que a casi cualquier otro le hubiera dado miedo bajar de su pedestal para apoyar los pies a la misma altura que los demás. Pero Javier iba a destacar entre la multitud independientemente de la altura a la que apoyara los pies. Así es la magnitud de su figura.

Supongo que ahora tocaría cerrar hablando de la excelencia en la investigación en ingeniería de Javier. Sin embargo, Javier me enseñó que la excelencia suele ser inversamente proporcional a lo que se habla de ella. Así que cerraremos con el tema con que abrimos. Una parte de la hipótesis inicial sobre Javier estaba equivocada. Espero que a estas alturas esté claro que es la de la ambición por el éxito profesional. Lo que ha movido, lo que mueve a Javier, es el bien común. Un hombre de la casa que ha buscado siempre el mayor beneficio del conjunto. He visto acudir mucha gente de todo tipo al despacho de Javier, tanto de los que yo hubiera considerado amigos como de los que no tanto. Sin embargo, todo aquel que buscaba construir, que tenía un proyecto positivo para la Escuela, era siempre bienvenido, escuchado y apoyado. Viniera de donde viniera, fuera quien fuera.

He conocido investigadores notables y gestores notables, incluso unos pocos que aunaban ambas características. Pero solo uno que se ganara el respeto de todos poniéndose siempre a la altura de los demás: Javier.